SE SUSCRIBE
Cartagena despacho de D. Liberato Montells. En provincias, corresponsales de A. Saavedra.

EL ECO DE CARTAGENA

PRECIOS
un mes 2 pets
6 id. Provin
Anuncios y co
os á precios con-
ales.

AÑO XXII.—NÚM. 6273 | 10 DE MAYO DE 1882. | REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Miércoles 10 de Mayo de 1882.

LA AURORA BOREAL Y EL ARCO IRIS.

—o—

En la atmósfera y en el inmenso mar etéreo en que estàn sumergidos los mundos, se verifican constantemente maravillosos fenómenos producidos sencillamente por ligeros movimientos de la materia y del èter, bajo la acción de fuerzas recíprocas, que segun el modo como se presentan dan lugar á los fenómenos luminosos, calóricos, magnéticos y eléctricos.

Pero sin duda la más maravillosa é inofensiva manifestación de la electricidad en la atmósfera, son las auroras boreales, esas blancas y sonrosadas cortinas, con matices dorados, que se desprenden de la bóveda celeste, esos fuegos aéreos que constituyen precioso manto de pùrpura y oro, rápidas ondulaciones igneas de múltiples colores en forma de abanico, de rayos centelleantes de deslumbradora blancura que se desprenden de las celestes alturas é iluminan el firmamento, apareciendo cual inmensa bóveda de fuego. El azul, el verde, el amarillo, el rojo y el blanco, brillan en los rayos palpitantes de la aurora hasta que la luz se hace màs difusa, que entónces palidecen los colores y desaparecen paulatinamente.

Las causas de las auroras boreales es una suave y lenta recomposición de la electricidad negativa del suelo con la positiva de la atmósfera.

En las regiones polares, envueltas en el manto de las noches largas del invierno, todo aparece dormido; la naturaleza parece encontrarse en un estado de alucinamiento, parecido al sueño de un alma virgen en la edad florida. Arcos magestuosos que se multiplican en riquisimos colores, columnas luminosas, surtidores de colores que pasan rápidamente del amarillo rojo al verde, y que se despliegan en caprichosas ondulaciones que acaban por formar una inmensa cúpula de fuego que ilumina fantásticamente las regiones polares.

El arco iris es otro de los fenómenos meteorológicos que ofrece la naturaleza a nuestra contemplación, excitando la imaginación de los hombres dedicados à las ciencias naturales. Tiene por causa, no la electricidad como el rayo y la aurora boreal, sino un sencillo fenómeno óptico, que se produce cuando una nube situada al lado opuesto del sol se resuelve en lluvia, y el observador se halla vuelto de espaldas ál astro del dia. Parece un arco que los génios celestes forman á sus dioses en un dia de gala, sosteniéndose en el horizonte y apoyándose al aparecer en el suelo, como los pilares de una bóveda gigantesca de puros y delicados colores, que se extienden en fajas concèntricas de los siete colores, rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, indigo y violado.

A cierta distancia, se observa generalmente otro arco concéntrico à éste, otro de màs apagados colores, producidos por la reflexión del primero sobre las gotas de lluvia. El arco inferior presenta el rojo colocado en la parte exterior, y el violado en el interior, mientras que en el arco superior, la imàgen reflejada del primero se halla invertida en el órden de colocación. De manera que el arco iris no es màs que una modificación especial que experimenta la luz solar, reflejada, refractada y descompuesta por las gotas de la lluvia.

De paso debemos combatir la falsa creencia que el vulgo tiene, de que la aparición del arco iris anuncia el fin de la lluvia; pues no hay base segura en que apoyar este aserto, siendo, como es, un simple fenómeno meteorológico.

El arco iris es màs ó menos extenso segun la altura del sol. Cuando el astro rey se halla más próximo á su ocaso, el arco aparece por Oriente en forma de una semi-circunferencia, cuyos extremos parece se apoyan en la tierra. Aun recuerdo con fruición un poético dia de primavera que nos encontrábamos unos amigos en Vimbodí, camino de Poblet, provincia de Tarragona, cabalgando briosos caballos en los arriesgados caminos de aquellas empinadas montañas. El tiempo estaba nublado, y finísimas gotas se escapaban del cielo, refrescando la atmósfera. Habiamos salido muy temprano de Vimbodí, para poder contemplar las innumerables bellezas de la salida del sol, y aquellas pícaras nubes que encapotaban el bello cielo, me privaron del placer que habia de producirme el espectáculo de la naturaleza al romper el alba; pero, en cambio, pudimos observar otro espectáculo no menos bello y encantador, el de aquellos magnificos paisajes de escarpadas montañas de riquisima vegetación, iluminados por la pálida luz que podia franquear las nubes, que comunicaban un tinte meloncólico á la verdura de los campos, embellecidas por el fulgor de un precioso arco que coronaba el horizonte, y que cual pórtico de luz se apoyaba en las cúspides de las montañas.

Estos meteoros son más comunes en los polos que en las regiones ecuatoriales, puesto que cuanto mayor es la altura del sol sobre el horizonte, menor es la estensión del arco iris, y cuando los rayos del sol caen perpendicularmente, como sucede en la zona tórrida, jamàs se manifiesta este fenómeno.

¡Cuántas maravillas en la naturaleza...!

¡El lenguaje humano no tiene frases para ponderarlas...! ¡A qué cúmulo de reflexiones nos conduce tanta luz que inunda nuestro sér, delicadas vibraciones del éter, que se trasmiten en ondulaciones dando vida à las plantas, luz à la noche y maravillas sin cuento á la creación.

LA CAZA DEL TIGRE.

—o—

El lector recordarà quizá que la cuestión de los tigres ha sido discutida largamente en el seno del Parlamento britànico, y que se ha discutido el punto de enviar una expedición militar especial para exterminar un enemigo que opone á la colonización las màs sérias dificultades. En estos últimos tiempos, los habitantes de Bengala han dejado oir de nuevo sus quejas; basta á veces un solo tigre al rededor de una aldea para destruir sucesivamente todo el ganado y una parte de los habitantes de la localidad. En atención á que se han tomado medidas por el gobierno inglès, nos parece interesante reproducir la relación de la caza de un tigre, segun un habitante de Bengala, M. E. V. Wertmarott.

El corresponsal habla primero de los hábitos del tigre, que acecha su presa.

En los sitios en que el camino conduce á un vado ó à una hondonada, en las orillas de un rio, en la hierba alta y espesa, el *come-hombres* (mancater) reposa durante los calores del mediodía, con la cabeza hácia su guarida; escucha el ruido de las carretas que crujen sobre los ejes, y los gritos de los carreteros excitando sus bueyes á entrar en el agua; luégo, cuando después de haber atravesado el rio, trepan penosamente el camino con las ruedas atascadas, el tigre se aleja suavemente de su emboscada y se lanza con todo el peso de su cuerpo sobre su víctima; àntes que los bueyes se hayan apercibido que han perdido su conductor, el carnicero ha desaparecido con el hombre que lleva en su boca, sin dejar otra huella de su paso sino un jirón sangriento de ropa, enganchado en las espinas de un matorral, que el viento agita en el borde de un camino.

Asi es como los aldeanos desaparecen, unos tras otros: bien pronto ningun carretero se atreve à pasar por la vecindad de los juncales; todos los años el arado se aleja temeroso de la extremidad de los bosques; por su lado, el tigre se vé obligado por el hambre á presentarse en campo raso; allí sorprende al pastor que guarda su ganado, ó al agricultor entregado á los trabajos de la estación.

Durante la noche, el feroz cuadrùpedo ronda alrededor de las cabañas del pueblo, y harto infortunado, aquel que valiéndose de la oscuridad para ir á beber en el manantial vecino, no entra màs en su morada. El sol, después de salir, muestra clarisimamente lo que ha pasado en las sombras de la noche; las patas del tigre están impresas en el suelo; vestidos ensangrentados yacen esparcidos aquí y allà, y se comprende demasiado lo que ha sido de los desdichados aldeanos.

Reducidos à la desesperación, los aldeanos se embelesan de placer cuando saben que las tiendas blancas de los *sahibs* se han plantado cerca de un pueblecillo vecino y seguido de infinidad de viudas y huérfanos. El *Mondol* (jefe) y los viejos del pueblecillo van à implorar la ayuda del hombre blanco. Le hablan de la muerte de sus amigos, de sus hermanos, del destrozo de sus ganados; le declaran que si no se mata al tigre àntes de las cosechas próximas toda la población dejarà el pais para ir á buscar una tierra màs hospitalaria. Los *sahibs* prometen su ayuda á condición de que se les informe prontamente de los hechos y hazañas del enemigo; al dia siguiente àntes de que el sol haya hecho evaporar el rocío, van mensajeros á contar de que modo un padre de familia ha sido arrebatado por la noche en el umbral de la puerta de su choza.

El cazador experimentado que dirige la partida de los monteros no pierde su tiempo: ordena equipar sus elefantes, coge su fuerte lanza, y luego sin esperar el resto de la compañia, que le seguirá con los fusiles y elefantes, galopa hasta el pueblecillo para ver por sí mismo, para estudiar el terreno y tomar todas las medidas convenientes.

El cazador se pone en camino y toma todas sus precauciones àntes de entrar en el juncal. Un carabinero es apostado en un àrbol en el sitio en que el rio entra en el juncal; un elefante, bien equipado, en donde el rio sale de él. Todos los aldeanos, que se consigue que asistan á la caza, trepan à los àrboles y constituyen otros tantos centinelas vigilantes: un carabinero se coloca en el camino que conduce al vado; en seguida tres ó cuatro elefantes de vanguardia, con un *handak* en cada extremidad de la linea, entran en la espesura y empiezan à batir las hierbas en ambas orillas. Osamentas de hombres y de animales indican el sitio en que *come hombres* tiene la costumbre de comer, pero la línea de los monteros no ha avanzado apénas una diez *yardas*, cuando se oye una detonación producida en la ex-